

XXXIII, XXXVI, LII, LXVI et LXXI"). Se puede decir, entonces, que trabajos como los de Strecker, W. Meyer, Traube, Winterfeld, junto con los de Norberg, constituirían la base para una edición verdaderamente científica.

ORESTES FRATTONI.

ERICH AUERBACH: *Introduction aux études de philologie romane*. Vittorio Klostermann, Frankfurt am Main, 1949, pp. 247.

Tendríamos que recibir con entusiasmo esta clase de libros, por su amplia información y la riqueza del plan. Es de lamentar, sin embargo, lo que el mismo Auerbach (a quien ya conocíamos y apreciábamos por otras publicaciones, sobre todo literarias) nos dice, en el prefacio: "es decir que este libro, escrito para los estudiantes de la Universidad de Estambul en 1943, y publicado en Alemania en 1949, carece, por el hecho de haber sido escrito en 1943 y no haber sido revisado posteriormente, de una *mise à point* en lo que se refiere a la bibliografía". Un ejemplo (p. 238): para la literatura española se citan los manuales de Foulché-Delbosc, Barrau-Dihigo, Fitzmaurice-Kelly, Hurtado y Palencia, Pfandl, Valbuena Prat, Menéndez Pidal. Castro; sin ni siquiera una palabra acerca de los estudios de Lapesa, Dámaso Alonso, Blecuá, Allison Peers, Bell, Hatzfeld, para citar sólo algunos. Para la literatura italiana (pp. 237-8) se citan a De Sanctis, D'Ancona, Monaci, la colección Vallardi, Hauvette, Croce: dejando así de lado los manuales excelentes y más accesibles de Momigliano, Rossi, Flora, Sapegno, Sansone, etc., es decir, en general (como ocurre para la literatura española) sin considerar el trabajo de los mejores especialistas de nuestro siglo. Naturalmente sería injusto hacer hincapié en esta clase de observaciones, si aun en el campo lingüístico los datos no fueran también insuficientes. En la pág. 231, en efecto, se señalan sólo los trabajos de Pidal, Hanssen, Zauner para lo español; y los de Wiese, D'Ovidio, Meyer-Lübke, Bertoni para la lengua italiana. Todo esto indica que aun para un principante, la bibliografía es demasiado somera. El examen

se puede extender a la bibliografía dada para la lingüística general (donde aparecen los infaltables nombres de Croce y Vossler, pero no otros muy importantes como los de Bloch, Bloomfield, Troubetzkoy, Jakobson, Sapir, Reichenbach, Ascoli, Pagliaro, etc., estudiosos cuya obra en general es anterior a 1943. De todos modos no se entiende en qué sentido F. Schalk haya "completado la bibliografía" (cf. prefacio). Otro punto que se presta a objeciones es la parte predominante concedida a Francia, hecho que interfiere en un recto entendimiento del equilibrio e interrelación entre las varias literaturas románicas (quedan así de lado los estudios, ya lingüísticos, ya literarios, de alcance no sólo nacional, de Vasconcellos, Le Gentil, Amado Alonso, Dámaso Alonso, Lapesa, Azorín, Salinas, Terracini, Devoto, Viscardi, Monteverdi, Neri, Casella, Schiaffini, Barbi, Benedetto, etc.). Esta objeción a la bibliografía, en realidad, influye en la exposición de todo el libro, en el cual se pueden notar algunos desajustes, debidos, muchas veces, al hecho de no considerar nuevos e indefectibles puntos de vista. Así, p. ej., al tratar de los problemas del realismo e idealismo en la novela del siglo XIX (digamos de paso que autores como Choderlos de Laclos o Restif o Sade no figuran), las consideraciones se mueven alrededor de estas dos abstracciones, dando así a las páginas del libro un tono típicamente esquemático (para no decir que el análisis se dirige casi siempre a temas, motivos, contenidos, conceptos: con descuido de la pura expresión). Así, en la pág. 222, Stendhal y Balzac se consideran bajo el ángulo del realismo o del romanticismo y del clasicismo, cuando aun en los buenos manuales (p. ej. Thibaudet, Raymond: citados por Auerbach, por otra parte) tal planteo ya parece superado. Otro aspecto de cierto formalismo o esquematismo es el inútil uso de la biografía en la explicación de un valor poético: valga aquí, para todos, el caso de Leopardi, quien, en la pág. 215, es considerado (en pocas líneas) como exponente del clasicismo-romanticismo, no faltando la estereotipada frase sobre su enfermedad e infelicidad. A propósito de Petrarca dice Auerbach (p. 126): "La poésie de Pétrarque fut le modèle du Lyrisme européen pour plusieurs siècles: ce n'est que le Romantisme, vers 1800, qui s'est définitivement délivré de son influence".

Ahora bien: esta decidida afirmación choca con la realidad constituída por toda la poesía italiana del siglo **xx** (con Ungaretti a la cabeza) y por la poesía (no sólo francesa) que se inspira en Mallarmé o Valéry (para citar sólo dos típicos momentos de evidente petrarquismo). Al hablar de la literatura italiana del siglo **xvi**, casi al pasar Áuerbach se refiere a la lírica, y en estos términos (p. 149): "Le modèle le plus admiré à côté des anciens fut Pétrarque. Sa langue, ses formes poétiques, ses métaphores, sa terminologie amoureuse furent imitées, cultivées et parfois même exagérées à un degré où l'artifice commence à s'approcher de la niaiserie". Y con estas palabras se intenta describir un fenómeno tan vastamente europeo e impresionante como el de la lírica del Cinquecento (ni mención de los puntos de vista de Croce, Flamini, Toffanin, Calcaterra, Carrara, Graf, Olschki; pero, más grave aun, ni mención de poetas como Galeazzo di Tarsia, Giovanni della Casa, Michelangelo, Vittoria Colonna, Gaspara Stampa, etc.). No nos extrañará tal punto de vista inadecuado si consideramos las dos páginas dedicadas a la "poésie lyrique française et provençale" (pp. 107-9; parecerá excesivo que después dedique tres páginas a Rousseau, p. ej.): donde es evidente que no se estudia a los poetas, su individualidad (aunque ya lo aconsejara repetidamente aun Croce), su riqueza y pureza expresivas, sino esquemas de amor y costumbres medievales. De los grandes poetas "primitivos" queda una vacua lista de nombres (Marcabru, Jaufre Rudel, Bernard de Ventadorn, Arnaut de Mareuil, Bertran de Born, Giraut de Bornelh y Arnaut Paniel). De los "primitivos" italianos y españoles ni siquiera se da una lista: y esto parece más extraño si se tiene en cuenta que la exposición de las literaturas románicas que hace Áuerbach es tan amplia como para llegar hasta nuestros días (un criterio tan amplio puede parecer un poco arbitrario: aun más si consideramos que en la economía del libro, dividido en tres grandes partes —filología, orígenes de las lenguas románicas, literatura— se concede a la tercera parte más de 100 páginas, sobre el total de 225). En cuanto a las primeras dos partes (filología y lengua), la exposición de los problemas es un poco concisa, pero clara y bien resumida. Aquí también (p. ej.

en la exposición de la historia de la lingüística, y en el capítulo sobre la crítica estética) podría mejorarse el enfoque general dando menos importancia a criterios demasiados formalistas y esquemáticos que, si bien a veces se imponen por razones didácticas de claridad u otras similares, aquí, al final, sólo logran desviar la atención y la sensibilidad del lector. Queremos ahora aclarar, sin embargo, que si nos hemos detenido en el detalle de posibles objeciones, es precisamente porque creemos que el valor de este libro soporta ampliamente una crítica que desee aproximarse lo más posible a una imagen (perfectamente evidenciada por Auerbach en cuanto a riqueza y amplitud) de la filología y literatura románicas.

ORESTES FRATTONI.

ANTONIO TOVAR: *Un libro sobre Platón*. Edición Espasa-Calpe S. A., Madrid, 1956.

La vida de Platón en sus actuaciones más prominentes, como así también las ideas que mayor significación asumen en la vasta obra filosófica del ilustre discípulo de Sócrates, nos muestran en este libro, meditadamente forjado por don Antonio Tovar, a un entusiasta divulgador de sus doctrinas milenarias, que rebasan las lindes del tiempo y siguen nutriendo aun hoy el entendimiento de quienes se sienten miembros "ad honorem" del famoso círculo académico.

"Yo soy un discípulo extranjero —nos declara al comienzo de su hermoso mensaje— al que el viejo maestro nunca ha concedido una mirada". Finge haber llegado a la Academia "atraído por los libros", pero se encuentra con un cuadro doloroso: Espeusipo, Xenócrates, Aristóteles, Teofrasto y muchos otros condiscípulos lloran en torno al anciano maestro, que acaba de fallecer. Pero "como soy extranjero y demasiado joven —nos explica en seguida—, siento que estoy aparte y puedo mantenerme sereno". Ello le permite acudir a los libros, de donde intentará extraer las ideas más representativas de cuanto ha pensado el maestro en el curso de su fértil vida.